

Capítulo 2

Domingo Boari

De otros tiempos *Ella (72 años)*

Tiene la sabiduría que el tiempo les regala a quienes son capaces de mirar hacia adentro o, mejor dicho, a quienes son capaces de mirar el mundo sin dejar por eso de mirar hacia adentro. Porque el tiempo, inexorable, pasa; pero a algunos les regala sabiduría. A ella le viene desde muy chica, de la vida dura en el campo, compartida sencillamente con su madre, un poco caprichosa, y con su padre, cariñoso y de humores cambiantes.

Suele ponerse ansiosa por pequeñas cosas. Las angustias insondables de muchos sábados por la tarde la transportan a soledades que parecen sin fondo, pero se disuelven tan rápido como vinieron cuando encuentra el remanso de una palabra comprensiva.

Desde que se analiza conmigo hace ya unos cuantos años no deja de sorprenderme de tanto en tanto con algún relato que la muestra con una mirada diferente a la de la mayoría de los mortales.

Siempre creyó que la relación con su marido no había sido tan importante. Con él tuvo tres hijos y compartió muchos años, pero nunca lo sintió como “el hombre de su vida”. Parece que era un personaje muy querible, lleno de amigos con quienes compartía el juego, las copas, las salidas. Claro, no era, según ella, lo que se dice un hombre ejemplar; sin embargo, todos lo querían, lo querían mucho, sobre todo los chicos de la cuadra, que cuando lo veían venir hacían una fiesta.

Él tenía trabajo en una empresa del Estado, lo que le permitía... En realidad, aparte de ser bastante cumplidor, trabajar ahí le permitía, de vez en cuando, tomarse una mañana para poder asimilar el alcohol que había ingerido durante el fin de semana o cualquier otra noche.

Parece que de verdad, dos por tres, él caía con un grupo

de amigos y hacían su vida en el comedor –comiendo, tomando, jugando a las cartas–, mientras ella tenía que acostarse temprano para, al otro día, trabajar, lidiar con los hijos, ocuparse de todo. Sin embargo, ella nunca lo consideró demasiado un problema. En realidad, como ya dije (ella también lo repite), nunca pensó que fuera un hombre tan importante en su vida. Cree que se casó con él para irse de la casa y del campo. Para no tener que soportar más las caras de pena y dolor, los sufrimientos y reclamos de la madre.

Así transcurrían las cosas. Ella tuvo su prestigio en el pueblo por su dedicación al trabajo, por su bondad personal, por la bondad de sus hijos y también por la simpatía de su marido, que era, realmente, muy querido. Dos por tres me he imaginado escribiendo sobre anécdotas que ella me ha contado.

Muchísima gente fue al velorio cuando él, un día, por alguna descompensación generalizada, consecuencia de algo mal curado y de lo poco que se cuidaba, terminó muriéndose casi de un día para el otro... en el término de pocos días, para ser más precisos. Ironía del destino: cuando trajeron el cuerpo desde la ciudad en la ambulancia funeraria, por error del chofer terminaron entrando por la parte de atrás de la casa velatoria...

–Y bueno, él nunca llevaba las llaves, siempre entraba por la puerta de atrás –dijo el yerno que acompañaba el traslado.

–Pocos velorios tuvieron tanto éxito en el pueblo –comentaban los curiosos que nunca faltan encargándose de las mediciones de estima.

Ella no acusó el impacto, como se suele decir. Me contó que su analista de esa época, que era muy buena analista, intentó penetrar en su interior por todas partes para hacerle

tomar conciencia del duelo. Pero ella dice que, sinceramente, no sintió lo que se hubiera esperado que sintiera.

La cuestión es que pasó mucho tiempo y una vez, sólo una vez, unos diez años después, no sabe bien en qué circunstancia, le vino el recuerdo de él y, sorprendida pero sincera, lloró un rato. Lloró de verdad. Una sola vez. Mucho tiempo después, hace ya muchos años.

Me pareció muy interesante y cuando me lo contó en la sesión, pensé que algún día iba a escribir esta anécdota como ejemplo de la “atemporalidad de lo inconsciente”; como ejemplo de que en lo inconsciente, lo que pasó hace una eternidad puede estar intacto, con toda su carga emocional. ¿Cómo pudo Freud descubrir tantas cosas? Qué increíble, un día, diez años después, sentir que viene desde adentro una tristeza guardada, un testimonio de la presencia silenciosa, detenida en el tiempo, de un personaje importante que hacía mucho creíamos olvidado.

Otra vez que me sorprendió con su chispa fue cuando me contó que al poco tiempo de haber enviudado, cuando sus hijos ya no vivían con ella por haberse casado, por haberse ido a estudiar o por lo que fuere, las malas lenguas del pueblo hicieron correr la bolilla de que ella no iba a necesitar más a la mucama. Entonces la mucama, preocupada, le dijo:

—¿Es cierto, señora, que usted no me va a emplear más? Porque dicen que ahora que está sola para qué me necesita.

—Vos no te hagas problema, Zulema —le contestó—. Si te preguntan para qué te necesito, deciles que yo te dije que te necesito para que me hagas upa.

Así es ella. Por eso lo puede nombrar al que fue su marido como “el tano Ragucci” (Raguchi, así, pronunciado a la ita-

liana como lo hace ella y todos en el pueblo): ese hombre con el que tuvo tres hijos, que traía amigos, con el que no fue feliz pero tampoco infeliz. Dicho sea de paso, debe ser justamente porque no le dio tanta importancia que tampoco le trajo tanta penuria.

El tano Ragucci. Hace veinte años ya que se murió el tano Ragucci.

No hace mucho, el nieto más chico, que estaba jugando en la casa, le dice:

—Abu, se me volcó un poco de agua en tu cama, del lado tuyo.

—No, Nino, ese no es mi lado, ese es el lado del abuelo.

—No, Abuela, ese es el tuyo, vos siempre te acostás ahí.

Y era verdad, desde el día en que murió el tano Ragucci, ella se había acostado del lado de él.

—Bueno, sí, yo me acuesto de este lado, pero este es el lado del abuelo.

Y rápido y reflexivo, el nieto, que tiene a quien salir, le dice:

—Abu, ¿no lo estarás extrañando vos al abuelo tano, no?

¡Es genial! Parece que a los chicos no les sorprende la atemporalidad del inconsciente. Claro, ¡qué les va a sorprender si ellos en gran medida viven en ese tiempo sin cronología!

Y pasados algunos días, con bastante naturalidad, ella volvió —¿después de cuántos años?— a acostarse de “su” lado.

Y así es su vida. Ella sigue con las mismas ansiedades que tuvo siempre. Un poco de fobia, un poco de inquietud sin

motivo aparente. Pero se le pasa porque siempre encuentra alguien a quien hacerle un favor, siempre con alguna tarea solidaria entre manos. Además, se ocupa de que su vida de jubilada y sola esté salpicada de buenos momentos, y por eso, como le gusta lo que se llama el mundo de la cultura, suele dejar el pueblo y tomarse una semana en Buenos Aires: ve películas, va al teatro, comparte con alguna amiga. Y sin embargo, últimamente, a pesar de que le gusta mucho ir allí, cuando piensa en viajar se pone un poco ansiosa y se está dejando estar. No entiende bien el motivo. Cuando los hijos eran más jóvenes y vivían con ella, no le generaba tanta ansiedad el no estar en casa.

Fue hablando de eso que me contó que, en una charla familiar, en un momento cualquiera, conversaba con sus hijas y una le dice:

—Mamá, la verdad que no se entiende por qué ahora que sos tan libre, te ponés ansiosa, te da miedo y te cuesta irte unos días. Nosotras estamos bien, tu casa queda bien cerrada y no pasa nada... ¿Por qué no te vas tranquila, más seguido?

Naturalmente, como todo analista, pregunté.

—¿Y vos que pensás, por qué no te podrás ir tranquila?

Y ella así, sin pensar, un poco a modo de chiste, un poco sin darse cuenta, en el clima especial de asociación libre que se da en las sesiones de análisis, para su propia sorpresa, se encuentra diciéndome:

—Y no sé por qué no me voy del todo tranquila, ¿será que el tano Ragucci no se llevó las llaves?